

UN ALEMÁN DE ERRETERIA

Gerardo Jordana Kreye

Con motivo de la inauguración del Centro Comercial Niessen, algunos bares de alrededor han utilizado como elemento decorativo fotos de la antigua Fábrica Niessen. En uno de ellos me llamó la atención dicha decoración, y me puse a curiosear las susodichas fotos, llevándome la sorpresa de que en algunas aparecía una persona entrañable para mí, y que fue toda una institución en la Empresa Niessen: se trataba de Diego Kreye, mi abuelo. Movido por la curiosidad, pregunté cómo habían localizado aquellas fotos, y la respuesta, por otro lado lógica, fue: *en el archivo municipal...* Dicho y hecho. Al día siguiente voy al archivo municipal y solicito ver las fotos antiguas de Niessen.

Al momento me entregan un voluminoso álbum, donado por la propia familia Niessen, busco un lugar adecuado para sentarme cómodamente y con gran interés me apresuro a bucear en aquella parte de la historia de Erreterria, íntimamente relacionada con la de mi familia.

Lo primero que veo al abrir el álbum son las fotos de D. Guillermo Niessen, fundador y dueño de la fábrica de su nombre y una hoja más atrás la de D. Diego Kreye Kaiser, con la leyenda: "Fiel colaborador técnico durante más de 40 años".

Seguí hojeando el álbum, pero una idea fue tomando forma en mi cabeza, ¿realmente, qué sabía yo de mi abuelo? No mucho por supuesto, aunque me pasaba todo el día con él, paseando, al monte, a pescar y haciéndome repetir en alemán los números del uno al diez... lo único que aprendí de ese idioma, pero apenas tenía 5 ó 6 años. Así que comencé a preguntar datos, fechas, anécdotas, empezando por mi madre, su hija, y por personas que le conocieron o trabajaron con él, (quedan muy pocas, por cierto) incluso me acerqué a la Hemeroteca en Donostia, donde recabé algún dato.



Diego Kreye Kaiser. Esta foto, junto a otra de su esposa, en igual formato, fue un regalo de sus hijos. Fecha aproximada: 1953

Lo que sí he sacado en claro es que la mayoría de los que he preguntado no sabe o no se acuerda de su nombre y apellido, para todos era simplemente "el alemán", un alemán de Erreterria.

Dietrich Kreye Kaiser nació en Elsfleth, norte de Alemania, un 4 de octubre de 1882, aunque a los pocos años la familia se trasladó a Bremehaven, a escasos kilómetros, situadas ambas poblaciones en la ría de Bremen. Nacido en el seno de una familia de marinos mercantes, no siguió la tradición familiar y cuando tuvo edad se trasladó a Berlín para estudiar ingeniería en la rama de electricidad.

De carácter aventurero, una vez terminada la carrera, quiso emigrar a América, haciendo escala en Barcelona. Corría el año 1910. Allí tenía que ganarse la vida y el pasaje a las Américas y entró a trabajar en una empresa de carburos en San Andrés de la Barca. Estuvo muy poco tiempo porque encontró trabajo en la Central Eléctrica de la Barceloneta, que más adelante se llamó "La Canadiense". Hasta no hace muchos años existía en Barcelona y en perfecto funcionamiento una pequeña central eléctrica diseñada y construida por él. Pero, por esos avatares de la vida, en Barcelona conoció a la que luego fue su esposa, Romilda Del-Fante Tofani, natural de Florencia, cuya familia tuvo que emigrar a España a causa del terremoto que arrasó la ciudad italiana unos años antes. En esta ciudad tuvieron su primera hija, Juanita. Y aquí se truncaron sus ideas americanas.

Mientras tanto, Guillermo Niessen, que acababa de instalar un pequeño taller en Rentería, en lo que hoy en día conocemos como "la subida al topo", conoció a través de la embajada alemana la existencia de un ingeniero alemán en Barcelona y tras ponerse en contacto con su compatriota, le pidió se trasladase a trabajar con él. Accedió y en el año 1913 recaló en Rentería con su familia.



Foto fechada alrededor de 1920. En el centro, sentado, Guillermo Niessen. A su derecha, con bata y boina, Diego Kreye. No se ha podido identificar a las otras dos personas

La relación de Dietrich Kreye con Guillermo Niessen, de ideas políticas antagónicas, y visión de la vida totalmente diferente, nunca fue lo que se dice excelente, ni entonces ni luego, pero al fin y al cabo eran compatriotas, eran alemanes fuera de su país en años difíciles y posiblemente ése era el único lazo que les unía, aparte del laboral. Por aquella época tuvieron serias desavenencias y Diego Kreye abandonó a G. Niessen y se fue a trabajar a G. Echeverría, más conocida como Pekín, donde estuvo alrededor de un año. De Pekín se fue como ingeniero jefe a unas minas de caolín en la zona de Villabona, pero hacia el año 1923 Niessen se encontró con grandes dificultades para seguir

adelante y le rogó que volviera, a lo que accedió. Ya no se movió de Niessen hasta su fallecimiento. Hay una anécdota curiosa de la convivencia de estos dos alemanes, ambos con un carácter muy fuerte, y que no sólo tenían la cabeza cuadrada, como dice el tópico, sino que la tenían muy dura. Parece ser que Guillermo Niessen nunca perdonó a Diego Kreye que se marchase de su lado, y los 25 años (Bodas de Plata), como trabajador de la empresa Niessen, se celebraron el 31 de enero de 1948, no reconociéndole los años anteriores en que trabajaron juntos.



Foto del primer taller de Niessen en la subida al topo. Detrás de la máquina del centro aparece Guillermo Niessen. Al costado de la siguiente máquina se ve a Diego Kreye

Personaje atípico por estas tierras, su uniforme de trabajo (se puede observar en las fotos) era un guardapolvos gris, largo, y su inseparable txapela. La boina comenzó a utilizarla al poco tiempo de llegar a Rentería, en detrimento de sus sombreros de fieltro más típicos de otras tierras, no sabiendo muy bien quién adoptó a quién, puesto que no se la quitaba, es un decir, ni para dormir. El guardapolvos parecía más bien una bata blanca de cirujano, descolorido de tantos lavados, porque, de por sí inquieto y un *pelín* salsero, no rehuía meter las manos en cualquier máquina, terminando dicha prenda como el mapa de una zona petrolífera. Sus manos, como atraídas por un imán, terminaban siempre en el faldón de la prenda. Esta costumbre de salsear en las máquinas hizo que en una ocasión perdiera tres falanges de una de sus manos. Era su forma de ser.

Totalmente dedicado a su trabajo, incluso trasladó su domicilio a una parte

del pequeño pabellón en que se instaló la fábrica, en el solar situado tras las casas que daban a la calle Viteri. Una vez que se construyó la casa de la esquina Viteri-Alfonso XI, se trasladó la familia al primer piso, y posteriormente al segundo. Sin embargo siempre hubo, mientras vivió, un acceso directo de la vivienda a las instalaciones fabriles. Recuerdo, en más de una ocasión, que a causa de las habituales inundaciones que sufríamos en los 50, este acceso interior servía para llevar comida a los trabajadores atrapados en la fábrica, incluso algunos, más allegados, venían directamente a la cocina a comer.



Fiesta de la Hermandad de Niessen. Año 1952. Con boina, Diego Kreye y a su derecha Maritxu Lizardi

Pero, dejando al margen la historia laboral de Diego, la familia Kreye, si bien tuvo que llorar la muerte de la hija mayor, -falleció con 6 años-, se incrementó en Rentería con dos hijas y un hijo, de los cuales todavía viven los dos mayores, Augusta y Gerardo, este último en Alemania. La pequeña, Ana M^ª murió en Donostia en el año 1995. Luego vinieron cuatro nietos. Actualmente, a pesar de haberse multiplicado la familia, en su querido Rentería, sólo vive una bisnieta... ¡Ah!... y una tataranieta.

Diego Kreye se integró rápidamente en esta tierra. Enseguida se granjeó la amistad de vecinos y compañeros de trabajo por su simpatía y su carácter, aunque fuerte, muy abierto. Hablaba aceptablemente el castellano, lógicamente con un fuerte acento alemán, y aprendió algunas palabras en euskera, no en balde sus mejores amigos eran baserritarras, a los que admiraba y respetaba. Todavía recuerdo las caminatas hasta el caserío de su gran amigo "El Chato", en la falda del Jaizkibel, o las visitas a caseríos del entorno de Oiartzun, donde hacían pruebas con semillas que traía, o le enviaban, de Alemania. Generalmente eran productos de huerta típicos del norte de Alemania y que, al parecer, añoraba en su plato: un tipo de lombarda rizada, unos rábanos diferentes, otras plantas extrañas por estos lares... unas dieron fruto, otras no...

Pasó la Guerra Civil en Rentería con su familia, cuando podía haber seguido el camino de muchos compatriotas suyos, estando tan cerca la frontera francesa. Su esfuerzo se centró en mantener la fábrica al margen de la contienda, cosa que consiguió con ayuda de muchos compañeros y vecinos y, sobre todo, no tomando parte por ninguno de los bandos, lo que hizo que le respetasen y no tuviera grandes problemas, aparte de los creados por la guerra en sí. La verdad es que nunca se lo agradecieron debidamente. Tampoco él tuvo un reproche para nadie, lo consideraba una obligación.

Su imagen habitual con la pequeña txapela y una colilla apagada entre los labios era conocida por todos. No sabemos si era una forma de ahorrar en tabaco, pero la colilla podía durarle horas, aunque a decir verdad, no era muy habilidoso a la hora de liar aquella especie de "porro" que se hacía. Llegó incluso a comprarse una pequeña máquina de liar cigarros y así llevarlos hechos desde casa, pero la colilla siguió colgando de su labio.

Hombre de costumbres sencillas, tenía dos grandes aficiones, el monte y la pesca, compaginando ambas en sus grandes caminatas a las rocas del Jaizkibel donde le gustaba ir a pescar, algunas veces sólo, lo que en aquellos años, sin carretera ni vehículos a motor, era toda una aventura. Era bastante

cabezón, si él decía que iba, no había vuelta de hoja... iba. En una ocasión dio a todos un buen susto, ya que al tardar más de lo habitual decidieron ir en su busca, su hijo y algunos amigos. Allí le encontraron, caído en una grieta de las rocas con todos sus aparejos de pesca y bastante magullado, aunque el percance no le restó afición.

Uno de sus pasatiempos preferidos era ir al Bar Maite a jugar la partida de parchís con los habituales. Era un hombre con un gran sentido del humor y un gran bromista. Con un genio pronto y muy vivo, sin embargo enseguida se le pasaba el enfado y sobre todo odiaba discutir; según decía: "el discutir envejece". Le gustaban los ambientes festivos, pero sin pasarse nunca. En las fiestas de hermandad que organizaba Niessen anualmente tenía fama de gran bailarín, dominaba sobre todo la polka y el vals, pero se atrevía igual con una jota que con un fox-trot o un correcales.

Poco más se puede decir de este alemán que vivió durante cuarenta y seis años

en Rentería, no saliendo del pueblo en todos estos años más que en un par de viajes, que por motivos de trabajo realizó a Alemania. Supo granjearse el respeto y amistad de sus convecinos y compañeros de trabajo, lo que quedó patente con motivo de su fallecimiento, a los 72 años, acaecido el 9 de febrero de 1955, con la gran manifestación de duelo que se originó en Viteri y calles adyacentes en el momento del traslado de sus restos mortales al cementerio de Polloe.

Hoy en día tras años de grandes inmigraciones no es de extrañar la diversidad étnica que existe en Errenteria. En aquellos años me imagino que era cuando menos una novedad el que recalara un extranjero, alemán por más señas, aunque no fuera el único, ahí estaban Niessen, por supuesto, Schneidoffer, Figursky... Vino a trabajar, amó esta tierra y aportó con sus conocimientos un granito de arena al crecimiento industrial de la Villa, ésta le adoptó y él lo agradeció considerándose un renteriano más, un alemán de Errenteria.. ■



RENTERIA

FALLECIMIENTO DE UN ALEMÁN

Fue el pasado sábado en esta villa la noticia del inesperado fallecimiento de don Hugo Käyer, alemán nacido a los 72 años de edad. Era el amigo argentino jefe de taller de la importante empresa Guillermo Niessen, en la que venía prestando un gran servicio por veinte años, cuando desde la madrugada, a las 10, murió tras 40 años de vida. Käyer era un renteriano más, siendo muy diestro en carpintería y carpintero que supo granjearse en la localidad y de ahí que con motivo de su fallecimiento se originó una gran manifestación de duelo en el traslado de sus restos mortales al cementerio de Polloe, día en que tuvo lugar en la tarde de ayer.

A su esposa, doña Rosalinda, a hijos Agustín, Gerardo y Juan José, así como a sus hijos póstumos, que fueron enviados a la gerencia de la industria Guillermo Niessen y Cia, a la que han continuado su actividad desde el hoy día.

Noticia de prensa aparecida en Unidad, el día 10 de febrero de 1959